

# PRÁCTICAS CEREMONIALES EN LA ESCALERA DEL ALCÁZAR DE MADRID

Data recepción: 2013/06/10

Data aceptación: 2013/09/24

Contacto autor: jorge.martinez.montero@gmail.com

*Jorge Martínez Montero*  
Universidad de León

## RESUMEN

A lo largo del presente artículo vamos a dejar a un lado la tradicional concepción simbólica de la escalera, como elemento ascensional y lugar de tránsito, para adentrarnos en la adquisición de nuevos valores dentro del ceremonial aristocrático borgoñón durante los reinados de Carlos V y Felipe II. Presencia y representación de un elemento arquitectónico cuya evolución tipológica surgirá al amparo de un nuevo lenguaje, analizado a través del estudio de las prácticas ceremoniales en la escalera del Alcázar de Madrid.

Palabras clave: escalera, arquitectura, siglo XVI, ceremonial, España.

## ABSTRACT

The traditional symbolic conception of the staircase, as ascending element and a place of transit, will be put aside in this paper to go into the addition of new values within the Burgundian aristocratic ceremonial during the reigns of Carlos V and Felipe II. The presence and representation of this architectural element, which typological evolution emerges under a new language, is analyzed through the study of the ceremonial practices in the staircase of the Alcázar of Madrid.

Keywords: staircase, architecture, XVI century, ceremonial, Spain.

Con la llegada del mundo artístico del Renacimiento, las escaleras pasarán a considerarse una de las partes más relevantes en el conjunto del edificio, concediéndoles nuevos valores dentro del proceso del ceremonial aristocrático del mundo moderno, pasando a convertirse, tal y como vamos a poner de manifiesto, en un elemento de poder y distinción social de sus moradores. En palabras del historiador Antonio Bonet Correa "ante todo revelan el alto valor que los españoles de la época concedían a todo lo que podía aumentar la dignidad, mostrar la prosapia y la nobleza, el poder y la categoría de las personas que ocupaban los puestos más elevados de la sociedad"<sup>1</sup>.

De manera generalizada, este aspecto acababa por denotar la riqueza y esplendor de una

estancia intermedia que permitía el acceso a la planta noble y con ello a las dependencias de carácter privado a las que tan sólo accedían algunos escogidos, evidencia inequívoca de un nuevo código de conducta social, signo distintivo de la posición social que ocupaban sus propietarios, y en la que la escalera adquirirá un protagonismo hasta el momento inusitado en la jerarquización de los espacios<sup>2</sup>.

En el ámbito español, los primeros prolegómenos tuvieron lugar durante el reinado de los Reyes Católicos, en el que el acceso a las salas y aposentos reales se producía por la "primera puerta de palacio", tras ella se atravesaba el zaguán de entrada llegando al patio principal, desde el que se ascendía a las salas de aparato –salón del trono, sala del consejo real y capilla

de palacio— por la propia escalera<sup>3</sup>. Ornada con motivos heráldicos y cubierta por artesanado de madera, bajo el calificativo de escalera “real”, era custodiada junto a otras dependencias por los porteros de sala, encargados de velar por la integridad de los monarcas en la vida diaria de palacio<sup>4</sup>.

Acusados de vivir ocultos en el Alcázar de los Trastámara, los austeros ceremoniales de los monarcas castellanos, pasarán a ser sustituidos por un rígido y estricto protocolo borgoñón, heredero de las ordenanzas firmadas durante los años 1497 y 1500 por el duque de Borgoña y rey consorte de Juana I, Felipe I de Habsburgo “el Hermoso”, e introducidas en el año 1506<sup>5</sup>.

Con el príncipe Carlos —futuro Carlos V—, conocedor de las ordenanzas ceremoniales borgoñonas, firmadas como archiduque el 25 de octubre de 1515 en Bruselas, la organización del cortejo durante las salidas y entradas a palacio cambió; dentro de la denominada “etiqueta de palacio” la distribución espacial de la red palacial española acababa por asemejarse a la de los Países Bajos. Este hecho tan significativo constituirá uno de los detonantes del estallido de la Guerra de las Comunidades de Castilla en el año 1520<sup>6</sup>.

Finalmente el 15 de agosto de 1548, tras seis meses de ensayos y siguiendo los deseos de su padre, fue instaurado el ceremonial borgoñón por el entonces príncipe Felipe —futuro Felipe II—, cuya misión principal era la de servir como marco institucional y cortesano para favorecer la unificación territorial del reino<sup>7</sup>. En estos momentos, se afianzan las celebraciones de actos solemnes u oficiales en los alcázares y palacios reales, tales como entradas públicas, juramentos, ceremonias de coronación, bodas reales, bautismos, honras fúnebres, audiencias o recepciones de altas dignidades civiles y religiosas.

En todas ellas, la etiqueta y el fasto de la Casa de Austria confiere un sentido especial al tránsito o recorrido por las diferentes dependencias de la corte, en las que la escalera tiene un papel protagonista, no solo como intermediadora de espacios y escenas cotidianas, sino como instrumento de poder y ostentación social, valedor de una alta nobleza, cada vez más introducida en la corte y copartícipe en las ceremonias del

monarca, que hacía suya la etiqueta cortesana heredada de la Casa de Borgoña<sup>8</sup>.

Si bien, la nueva etiqueta no acaba por desplazar totalmente los usos de la Casa de Castilla, sí que se ve influenciada por el viaje propagandístico llevado a cabo por el heredero ese mismo año a Italia y el año siguiente, en 1549, al Sacro Imperio y Países Bajos. A partir de entonces, fiestas, justas, torneos o entradas triunfales, tendrán lugar en espacios públicos y abiertos, en todos ellos las gradas y escaleras también tendrán un papel fundamental, dependiendo del tipo de ceremonial imperante, bien sea laico o religioso.

En los últimos años del reinado de Felipe II, motivado por su carácter prudente y delicado estado de salud al verse encerrado en la corte de Madrid y El Escorial, en opinión del historiador José Miguel Morán Turina, “la etiqueta española lejos de asegurar el servicio y la comodidad del rey, había envuelto a éste en una maraña de costumbres y obligaciones de la que no podía salir y que no contribuían en modo alguno a hacer su vida agradable en palacio”<sup>9</sup>. La persistente inaccesibilidad e invisibilidad del monarca, hizo que utilizase de manera habitual en sus dependencias, escaleras secundarias denominadas “secretas” por las que acceder a sus aposentos privados<sup>10</sup>.

Sin embargo, todo edificio que se preciase y en el que tuviera lugar un ceremonial cortesano, contaba con una escalera monumental desde la que recibir de muy diversas formas y maneras a cuantos visitantes se acercasen a la casa —real o nobiliaria—. En ocasiones y dependiendo de la clase social del anfitrión, se presidían las recepciones desde sus diversos niveles en altura, o bien servía de ascenso al propietario del inmueble hasta sus dependencias palaciegas, quien montado a caballo, en silla de mano o en carroza, procedía acompañado de su séquito a su retiro físico y espiritual.

Otro de los aspectos más llamativos en la interpretación ceremonial de la escalera, era el nivel de recepción al que eran recibidos los distinguidos visitantes que asistían a las moradas de las cortes europeas<sup>11</sup>. Dependiendo del nivel espacial en el que tuviera lugar el encuentro entre ambas personalidades, “al pie de la escalera”, “a la mitad”, “a un tercio” o “en lo alto” de la

misma, así era el protagonismo y dignidad social del anfitrión<sup>12</sup>.

Algunas de estas conductas sociales se van a ver reflejadas a través de los recorridos ceremoniales en la escalera "principal" del Real Alcázar de Madrid.

### Recorridos ceremoniales en la escalera del Alcázar de Madrid.

Realizada durante los años 1536 y 1547 por el maestro Juan Francés bajo las trazas del arquitecto y maestro de obras Alonso de Covarrubias, la escalera doble claustral y caja abierta del patio de los reyes del Alcázar de Madrid constituyó uno de los referentes en la fábrica constructiva de la Casa de los Austrias, impulsada bajo el patrocinio del monarca Carlos V, romperá con los diferentes espacios jerarquizados de la antigua residencia regia<sup>13</sup>.

El 2 de mayo de 1536, bajo las órdenes y en representación del emperador Carlos V, el maestro Alonso de Covarrubias (1488-1570), los servidores reales Enrique Persoens, aposentador de palacio, Luis de Monzón como veedor de las obras reales y Alonso Hurtado, mayordomo y pagador respectivamente, contrataron las con-

diciones de construcción de la escalera principal, formando parte de las obras de mejora del malogrado Alcázar de los Trastámara<sup>14</sup>. Junto a Luis de Vega (1495-1562), ambos "maestros de las obras de su majestad" desde el 21 de diciembre de 1537, tendrán como misión la intervención en un edificio en el que según palabras de Díez del Corral "a pesar de haber ido obviamente cambiando, el respeto por lo anterior fue siempre muy grande"<sup>15</sup>.

Centradas en la construcción de dos nuevos patios bajo la denominación de los soberanos, patio del rey y de la reina, las obras comenzarán por trazar las nuevas galerías preexistentes, dedicando una especial atención a la escalera de cinco tiros que se proyectará en la crujía este, junto a la capilla, ubicación central que según Gerard "jugará un papel determinante en la concepción de la escalera" (Fig. 1)<sup>16</sup>.

De las condiciones descritas en la documentación para su posterior remate, destaca el hecho de dar a conocer la existencia de una traza previa presentada por el maestro toledano, "conforme a una traza e condiciones que para la escalera principal que está fecha e repartida por el dicho Alonso de Covarrubias en un pliego de papel de

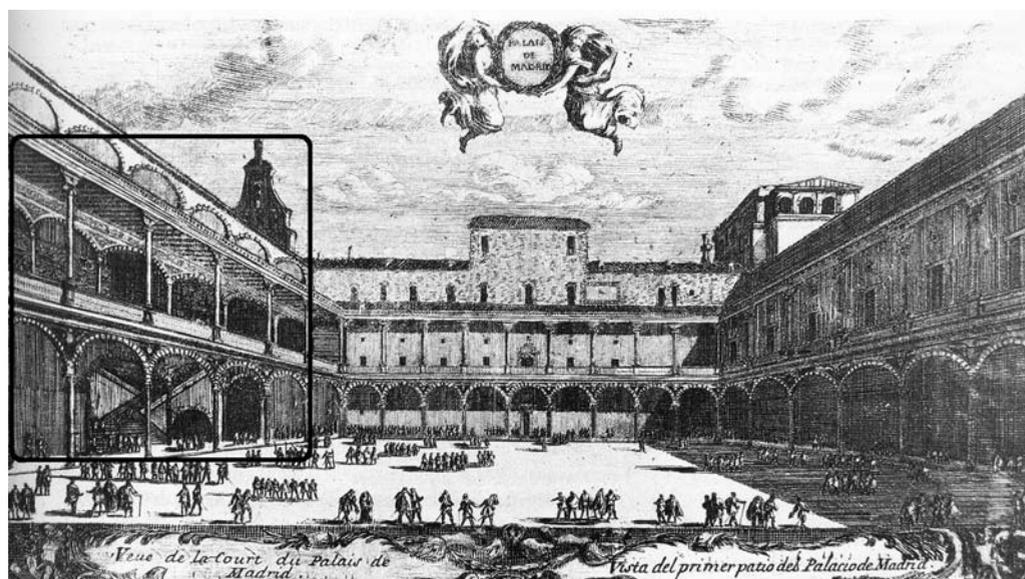


Fig. 1. Escalera vista desde el patio de la reina del Alcázar de Madrid. Grabado de Louis Meunier, 1666. Museo Municipal de Madrid

marca mayor y firmada del dicho Alonso de Covarrubias e ansimismo las condiciones". Quizá pueda tratarse de un plano en planta y directrices estrictamente de la escalera, similar al tradicionalmente otorgado a Covarrubias y recientemente atribuido a Gaspar de Vega, fechado en la década de los años cuarenta y custodiado en el Ministerio de Asuntos Exteriores<sup>17</sup>.

Junto a la labor de fábrica e intencionada ubicación de la escalera, que "se ha de hazer en el sytio que agora ay desde la capilla a la pared del testero del patio", se desprende el hecho de ser calificada documentalmente como "principal" en el conjunto del edificio, de permitir funcional y visualmente "servir para entrambos patios" y de contar con unas dimensiones totales aproximadamente de unos 140 m<sup>2</sup> distribuidos en un total de 50 pasos, "tomando para la caja del largo quarenta e ocho pies y de ancho treynta e çinco"<sup>18</sup>. Este hecho, de permitir el acceso bidireccional mediante una caja abierta a ambos patios, lejos de ser tal y como han señalado reiteradamente algunos autores, una necesidad estrictamente funcional, implicará una serie de connotaciones más profundas que trataremos de analizar.

El 6 de marzo de 1540, la obra de la escalera fue tasada por los maestros Alonso de Covarrubias y Luis de Vega, apareciendo ambos testimonialmente como maestros de obras del alcázar, repitiéndose con la obra muy avanzada, seis años más tarde, el 19 de octubre de 1546 por el maestro salmantino Juan Francés autor material de la misma<sup>19</sup>, y de manera definitiva una última tasación tras su finalización, el 28 de abril de 1547<sup>20</sup>.

Años más tarde, del informe realizado por el gobernador Francisco de Luzón en 1548, se desprende una descripción minuciosa del acceso acodado al alcázar, mediante una doble puerta, ubicada en el extremo izquierdo de la fachada principal, dando entrada al patio "del rey" de unos 1120 m<sup>2</sup>, a través de un amplio zaguán de aproximadamente unos 300 m<sup>2</sup>. Nos habla de una escalera ya terminada "que sale a entrambos patios", cuyas gradas, balaustres y pasamanos están realizados en piedra berroqueña, procedente de las canteras de la sierra madrileña<sup>21</sup>.



Fig. 2. Vista de la escalera del Alcázar de Madrid en la obra *Festín de Herodes*. Juan Carreño de Miranda, h. 1680. Museo del Prado

Calificada por sus contemporáneos de extremadamente ancha, con pasamanos de piedra azulada y adornos dorados, presentaba una decoración arquitectónica muy esquemática centrada en molduras de las jambas, cornisas, ménsulas, pilares, zapatas, arcuaciones y balausteadas, acorde al nuevo lenguaje artístico del Renacimiento en su vertiente más clásica: un claro gusto "a lo romano" (Fig. 2)<sup>22</sup>.

Es notable como esa decoración quedaba enfatizada con la presencia heráldica de "las armas de Su Magestad", y por la policromía de la que era objeto, ya que tenemos constancia que en 1542, se paga a Francisco de Ampuero "por dar color de piedra berroqueña a los arcos del paso de la escalera de un patio al otro"<sup>23</sup>.

En el muro de contención de la propia escalera, paradójicamente liso y no almohadillado como era habitual en Covarrubias, bajo los dos tramos finales de su desembocadura, se proyecta la realización de una puerta que comunicase ambos patios, permitiendo la posibilidad de acceder bajo la misma aprovechando su espacio interior y liberando su carga material. "En el atajo del paso, formada una puerta de ladrillo y arco que se puedan servir del hueco del hoçino grande de la primera mesa"; en la línea de los vanos de medio punto y adintelados, utilizados reiteradamente por el maestro toledano en las escaleras del Hospital de Santa Cruz en Toledo o del Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares (Fig. 3).

Otro de los aspectos a tener en cuenta es el rotundo criterio de uniformidad decorativa en que se ve inmersa la escalera, conforme a la es-



Fig. 3. Recreación virtual de la escalera del Alcázar de Madrid vista desde el patio de la reina. Carmen García Reig, 2012. Departamento Ideación Gráfica Arquitectónica, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

tética imperante en el resto de las galerías del patio, Covarrubias pretendía que el elemento de mayor presencia en la vida interna del alcázar no “desentonara” con respecto al resto de estructuras arquitectónicas que la envolvían. Puesto que los corredores de ambos patios contaban con decoración de azulejería de Talavera, es muy probable que pudiera estar ornada con labores de azulejado en su zócalo, junto a tapices y alfombras de maestros liceros del norte de Europa; objetos artísticos todos ellos que junto a cuadros de pintores de corte formaban parte de las colecciones reales del alcázar<sup>24</sup>.

Como nota dominante en el conjunto del edificio, los corredores de los patios, zaguán principal y el resto de las dependencias más significativas quedaban cubiertos por armadura dorada de madera, decorada con moldura de cinta y saetino achaflanado. Este mismo tipo de decoración de ascendencia mudéjar, cubría como era habitual en este momento, la caja de la escalera, mientras que la propia “sobreescalera”, en la que trabajarán los carpinteros Yuste de Vega y Cristóbal de Nieva –muy similar a la proyectada por Covarrubias en el citado Palacio Arzobispal de Alcalá– acababa por generar un

espacio abierto a ambos lados, a modo de mirador o galería en lo alto, cuyas obras se iniciarán el 2 de abril de 1541 y se darán por concluidas a inicios del año 1543<sup>25</sup>.

Seguidamente, la escalera desembocaba en una estancia bastante ancha, denominada Sala de Guardias, en la que “daban el servicio” las tres compañías de guardia del alcázar, denominadas “compañía de archeros o de la cuchilla”, compuesta por hombres de armas flamencos y borgoñones, alabarderos españoles y tudescos o alemanes<sup>26</sup>.

Ya en 1565, bajo las órdenes de Juan Bautista de Toledo como maestro de obras, se dan por finalizadas las obras de reforma, incluyendo la propia escalera monumental, si bien el propio maestro realizará otras escaleras de trazado claustral en diferentes dependencias, próximas al zaguán de entrada como la de la torre vieja o la que se proyectará un año más tarde en la torre nueva del alcázar.

Llegado a este punto, vamos a realizar un acercamiento a las prácticas protocolarias en las que la escalera española pueda tener una especial relevancia, siguiendo los posicionamientos de la profesora Véronique Gerard quien en el caso de la escalera del alcázar madrileño afirmaba “pronto se hará indispensable para el ceremonial de la Corte”<sup>27</sup>.

A la hora de abordar las aportaciones de la escalera del alcázar desde el punto de vista ceremonial, nos centraremos en numerosas fuentes escritas de los siglos XVI al XVIII, que dejarán constancia no solo del impacto visual que suponía la novedosa escalera a la hora de conectar los dos niveles entre ambos patios mediante un doble desembarco de la misma, sino de las consecuentes connotaciones sociales de un itinerario común, que implicaba la necesaria interrelación visual y personal entre ambos espacios bajo la diafanidad cenital de su caja (Fig. 4)<sup>28</sup>.

Conservamos testimonios documentales y cronísticos alusivos a viajeros extranjeros contemporáneos, en los que someramente se citan los diferentes espacios del alcázar, haciendo mención a la grandiosidad y peculiaridad de la escalera, tales como las *Descripciones del Alcázar* de Juan de Vandenesse en 1560, Giovanni

Battista Venturino di Fabriano en 1571, Camillo Borghese en 1594, Diego Cuelbis en 1599 y Jean Lhermite en 1602<sup>29</sup>.

De la obra *Relaciones de las cosas sucedidas, principalmente en la Corte de España, desde el año de 1599 hasta el de 1614* del historiador Luis Cabrera de Córdoba en 1612, se desprende el hecho expresado reiteradamente de que a las dependencias reales tan solo tenían acceso unos pocos privilegiados escogidos por el monarca, de acuerdo a un orden y momento preestablecido, actuando la escalera como elemento normalizador dentro de las prácticas habituales de palacio: “La orden que hubo para la entrada fue, que, habiendo ido a Palacio a las dos horas de la tarde, todas tres guardas de archeros y alabarderos españoles, alemanes y borgoñones, el mayordomo semanero, que era el marqués de Mirabel, tomó la escalera principal de palacio con los tenientes de las guardas, sin dejar de subir a los corredores ni a palacio, sino solamente a las personas de cualidad y criados de servicio que tienen lugar en palacio... y todas las puertas se cerraron con la sobreguarda y guarda maestra; de manera que todos los oficiales y personas de servicio tuvieran una misma entrada”<sup>30</sup>.

En la crónica del *Viaje por España y Portugal* de Cosme de Médicis en 1668, el príncipe florentino va desgranando el itinerario a seguir por todo aquel que se preciase en adentrar al alcázar: “Entrando en el palacio por la puerta del medio, se llega a un soportal cubierto, ancho y bajo, donde se paran los coches, que sin distinción ninguna entran todos en palacio y después de haberse apeado los dueños van a salir por cualquiera de las otras dos puertas, y los esperan en la plaza”. Tras un primer soportal se accedía al zaguán principal, descentrado con respecto a la portada principal del palacio según puede deducirse de sus palabras: “De este soportal se pasa a otro que se une en ángulo recto con el primero, pero ya no en línea recta con la puerta. Este soportal forma parte de un patio cuadrado, con soportales a todo alrededor sostenidos por columnas de piedra, lo mismo el orden inferior que el superior, pero ambos con techo”.

Es ahora cuando “entre este patio y otro que se encuentra a mano izquierda, completamente semejante al primero, aunque más pequeño de



Fig. 4. Recreación virtual de la escalera del Alcázar de Madrid vista desde el patio del rey. Carmen García Reig, 2012. Departamento Ideación Gráfica Arquitectónica, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

tamaño, hay un espacio en el cual han dispuesto la capilla y la escalera” ocupándose de describir detallada y organizativamente el acceso a la escalera principal del alcázar de la que afirma: “es común a los dos patios, puesto que de cualquiera de los dos soportales se suben unos pocos escalones que conducen a un rellano del cual parte la escalera para dividirse después en dos como abajo y terminar en las galerías superiores de ambos patios”. Finalmente alude a la distribución dual de los espacios regios: “En medio de la galería del patio de la mano izquierda, está la

entrada principal de las habitaciones del rey que al presente se encuentran cerradas. En el testero de la galería del otro patio, a mano derecha, que corresponde a la del rey, y volviéndose a mano derecha inmediatamente después de subir la escalera, recorriendo dos lados de la galería, se entra en la de la reina” (Fig. 5)<sup>31</sup>.

Uno de los aspectos a tener en cuenta a partir de estos momentos será el cambio organizativo al que se verá sometido el Alcázar de los Austrias. Tras el reinado de Felipe II y los sucesivos de su hijo y nieto respectivamente, Felipe III y



Fig. 5. Recreación virtual de la escalera del Alcázar de Madrid vista desde la embocadura del patio del rey. Carmen García Reig, 2012. Departamento Ideación Gráfica Arquitectónica, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

Felipe IV, se podrá apreciar un alcázar “caótico” en el que la escalera comienza a resquebrajarse perdiendo en esencia el cariz ceremonial para el que fue concebida.

La crónica ambientada del diplomático francés François Bertaut en su *Diario del viaje de España* realizado en el año 1669, da buena cuenta del cambio en esta nueva concepción espacial, aludiendo al recorrido a realizar por todos aquellos visitantes que asistían al alcázar exponiendo lo siguiente:

*Llegamos a la plaza que está delante del Palacio, que es muy grande y que estaba completamente llena de carrozas; en todas las ventanas de la fachada del Palacio podía verse a multitud de personas. Lo que hay allí de particular y de extraordinario es que las carrozas sólo pueden entrar bajo una gran bóveda que llaman zaguán. Allí nos apeamos y el Almirante de Castilla, que es el señor más galante de la Corte, vino a recibir al señor mariscal. Desde esta bóveda entramos a un gran pórtico, que está en uno de los patios del Palacio. En medio de estos dos claustros, uno de los cuales es más grande que el otro, hay una escalera muy grande, desde donde se ven y desde donde se entra en los dos grupos de edificios. Todo eso estaba tan lleno de gente como el resto de la ciudad, y por todas partes el pueblo prorrumpía en gritos*

*de alegría y aplausos por nuestras plumas y cintas. Subimos de este modo a través de algunos alabarderos solamente; porque no hay allí regimiento de guardias en las puertas, como en Francia. Atravesamos una gran cantidad de habitaciones muy bien artesonadas y repletas de cuadros; y después de haber pasado por las galerías y los salones, llenos de muchas estatuas, llegamos por fin, a un gran salón donde estaba el rey. Hay que confesar que la manera como el rey da ordinariamente audiencia en Francia no es nada al lado de ésta como recibieron al señor mariscal.*

*Al rey de España solamente se le ve en las audiencias que da a todos los particulares que se le piden, sobre todo un día de la semana en el que acude a una sala especialmente dispuesta para ello cuando va a dar audiencia a cualquier embajador. Esto se hace del modo como he descrito en la relación del recibimiento del señor mariscal Grammont. El resto del tiempo el rey está encerrado en su Palacio, donde todo el mundo va a pasearse por los patios, de los cuales hay dos en Madrid, que están dispuestos a la manera de los claustros de nuestros monjes, sea para comprar algunas mercancías en las tiendas que se colocan allí, sea por las mañanas para los asuntos que se tiene en los Consejos que tienen lugar en todas las salas bajas del Palacio. Esto hace que la plaza esté siempre llena de infinidad de carrozas. Pero no se ve a nadie en las ventanas<sup>32</sup>.*

En el caso del alcázar madrileño, existía un soportal previo en el que se apeaban los visitantes que asistían a la corte, en coche, carroza, silla o caballo, que daba paso al zaguán principal, pieza clave que favorecía una inmediata bifurcación ante el acceso a ambos patios y en el que tiene un papel fundamental la figura de los “porteros de cadena”, un total de ocho personas, encargados de “dejar entrar en Palacio a las personas que venían en coche y a caballo, pero en apeándose hacían salir á éstos sin permitir que ninguno esperase en el zaguán, aunque fueran de embajadores, y cuando volvían a marcharse los dejaban entrar para volverlos a tomar en el zaguán. Mientras los coches ó caballos estaban en el zaguán, tenían echada la cadena a la puerta para que no entrase en él otro alguno, salvo el coche de respeto en que andaba el caballero mayor<sup>33</sup>.”

De acuerdo al ceremonial aristocrático, el punto de unión tras el paso previo del zaguán

será la escalera, en la que se producirá el anunciado reencuentro de quienes optaron por adentrarse en ambos patios<sup>34</sup>. En las solemnes entradas de los reyes y su comitiva en palacio, después de haber heredado el trono, "su magestad llegado a Palacio, se apeaba en la grada del zaguán, subía por la escalera principal" entendida ésta como elemento intermedio y vertebrador de su séquito en el proceso de retirada a sus dependencias "y entraba por la sala, saleta y antecámara a su aposento, quedándose los de la comitiva cada uno en el lugar a que por su categoría podía llegar"<sup>35</sup>.

Cuando ambos monarcas se retiraban a sus aposentos "el Rey, sirviendo a la Reina de braceo un menino. Cantado el Te Deum, se dirigían a Palacio, donde el Rey esperaba a S. M. en la grada del zaguán", entendido como el lugar neurálgico donde comenzaba el recorrido ceremonial. "Acompañado del Príncipe é Infantes –si los había–, de las dueñas de honor, damas, y de toda su alta servidumbre. Apeábanse la Reina, camarera, damas y caballeros y, tomando los meninos las hachas, alumbraban a SS. MM. que se dirigían a la antecámara de la Reina". Entendemos, tal y como vamos a analizar a continuación, que ascendiendo por la escalera principal, a la que tenían acceso unos pocos escogidos copartícipes del acompañamiento de su majestad<sup>36</sup>.

La obligatoriedad de tener que coincidir periódicamente en una dependencia común, implicaba algo más que un mero hecho anecdótico, conllevaba a nuestro juicio una doble interpretación de un espacio cenital, actuando por un lado, arquitectónicamente como eje divisorio entre diferentes niveles y zonas de retiro de los monarcas; y por otro, ceremonialmente como elemento unitario y centro de intercambio social, reservado a unos pocos privilegiados, cercanos al poder de la realeza, fiel reflejo de la prosapia y distinción de una corte que comenzaba a adaptarse al recién instaurado protocolo borgoñón (Fig. 6)<sup>37</sup>.

Como vestigio fehaciente de este hecho, redactado por el secretario de Felipe II, Juan Sigorney bajo el título *Relación de la forma de servir que se tenía en la casa del Emperador don Carlos nuestro Señor que aya gloria el año de 1545 y se avía tenido algunos años antes* y recogido por

Antonio Rodríguez Villa en relación a una de las entradas habituales del monarca al alcázar, relata como "apeáronse a un tiempo en el zaguán principal, donde esperaban los pajes del Rey con hachas y por el patio primero, yendo el Príncipe a la mano derecha y con todo el acompañamiento subieron al cuarto de la Reina nuestra señora... Salieron todos, y el Príncipe, siempre a la mano derecha del Rey, haciendo cortesías a las damas, y S. M. con él los propios cumplimientos, dándole en las puertas y en todo el mejor lugar, acompañándole por los corredores a su cuarto; y al bajar la escalera en la parte que se divide para subir al del Rey, hizo el Príncipe grande instancia para acompañarle y que se quedase en él, y S. M. prosiguió acompañándole hasta su aposento por las escaleras y el patio mayor, y a la mitad del salieron a recibirle del cuarto del Príncipe, donde le esperaban los señores Infantes D. Carlos y D. Fernando haciendo iguales reverencias"<sup>38</sup>.

En las recepciones del elenco cardenalicio al alcázar, Rodríguez Villa da habida cuenta de cómo "el cardenal enviaba a saber el día y hora en que podría tener audiencia con S. M. El día designado venía a Palacio acompañado de algunos caballeros de su séquito y familia; apeábase en el zaguán grande, subía por la escalera principal y pasaba por el cuerpo de guardia, donde



Fig. 6. Recreación virtual de la desembocadura de la escalera del Alcázar de Madrid. Carmen García Reig, 2012. Departamento Ideación Gráfica Arquitectónica, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

estaban los soldados en pié, pero sin tomar las armas. Los porteros abrían las puertas de la sala y saleta, y los ujieres la de la antecámara, quedándose abiertas hasta que salía. S. M. avisado por el mayordomo mayor, venía acompañado de los mayordomos y gentiles hombres hasta la mitad del cubillo, que eran dos piezas, a recibir al cardenal: pedíale éste la mano, y quitábale S. M. el sombrero, y al volvérselo a poner le invitaba a cubrirse; entonces volvía con él a la pieza donde comía, permitiéndose al acompañamiento que estaba en la antecamarilla que pasase hasta esta puerta”<sup>39</sup>.

Otro de los testimonios que data de los tiempos de Felipe II, relacionado con las ceremonias funerarias en el alcázar, tiene lugar en la mañana del 14 de septiembre de 1665, durante los últimos días de vida del monarca Felipe IV, en el que desde el comienzo de la escalera hasta la puerta de la cámara regia “se hallaban dispuestos dos hileras de guardias que bajaron las armas al suelo al pasar el Viático. En las antecámaras se quedó parte del cortejo y sólo pasaron al interior algunos grandes, los presidentes de Castilla y Aragón, y los confesores y capellanes de honor. Junto a la cama del rey se encontraban ya los gentiles hombres de cámara y el sumiller de corps. Hecha la protestación de fe por parte del rey moribundo, recibió finalmente a Jesucristo sacramentado. Terminada la ceremonia, la procesión se retiró por donde había venido”<sup>40</sup>.

Entendemos que descendiendo nuevamente por la escalera principal, en la que se disponía ordenada y públicamente la guardia real, encargada de reverenciar a su paso el viático así como de velar el cuerpo del rey durante su descenso procesional por la misma, teniendo especial relevancia el lenguaje gestual y la disposición jerárquica acaecida a lo largo de la ceremonia en la escalera principal del alcázar.

De todos estos hechos, se desprende un lenguaje organizativo propio centrado en el ascenso y descenso por la escalera, elemento de fuerte impacto visual y carga simbólica en el conjunto del edificio, por el que los monarcas junto a todas las visitas de cariz diplomático o político, accedían a sus aposentos, de acuerdo a un itinerario regio del que vamos a intentar dar cuenta a través de una hipotética reconstrucción:

En la planta baja se produciría la llegada al zaguán principal mediante el descenso del carruaje y bienvenida por parte de un representante de la Casa Real. Posteriormente, la carroza podría retirarse por una segunda puerta o bien, adentrarse en uno de los dos patios. El visitante y su comitiva, observaría el conjunto de las galerías del patio en cuestión, acercándose a la escalera y observando que en el fondo se dispondría otro espacio similar.

El ascenso por la escalera permitiría adentrarse en la planta noble del edificio, bifurcando su elección hacia las dependencias del rey o de la reina; en el caso del primero de ellos, el monarca con su séquito entraría en la sala del cuerpo de guardia, pasando por la antecámara y cámara principal, recorriendo las estancias de poniente, la sala grande, pieza ochavada y finalmente, llegaría al espacio donde tendría lugar la audiencia regia.

El éxito de esta tipología fue tal que tratadistas como el agustino Fray Lorenzo de San Nicolás, en el año 1639, habla de ella como una de las escaleras propias de las moradas más relevantes, a las que califica de casas principales, donde existía una división en el servicio de hombres y mujeres, contribuyendo a conferir a estos edificios el aspecto y propiedad que les corresponde de acuerdo a sus destinos respectivos: “Otras escaleras se hacen que es en una caja dos escaleras, las cuales tienen diferentes entradas y salidas, aunque a unos mismos suelos: y estas suceden quando en una casa principal hay servicio de hombres y mugeres, sirviendo unos por una parte, y otros por otra. Es cosa muy decente y debida al decoro de casas principales” (Fig. 7)<sup>41</sup>.

La experimentación espacial de la escalera al servicio de los cánones del ceremonial borgoñón, puede resumirse según palabras de Véronique Gerard<sup>42</sup>, en que “juega un gran papel en el ceremonial de los Habsburgo durante las entradas solemnes, las procesiones o los grandes banquetes, cuando las trompetas se colocan en el paso que domina la caja. Creada en una época en que esta etiqueta no se había introducido todavía oficialmente en España, ha podido contribuir a codificar ciertos aspectos de ella”<sup>43</sup>. Esta afirmación queda refrendada por el relato de la citada etiqueta de palacio del año 1545,

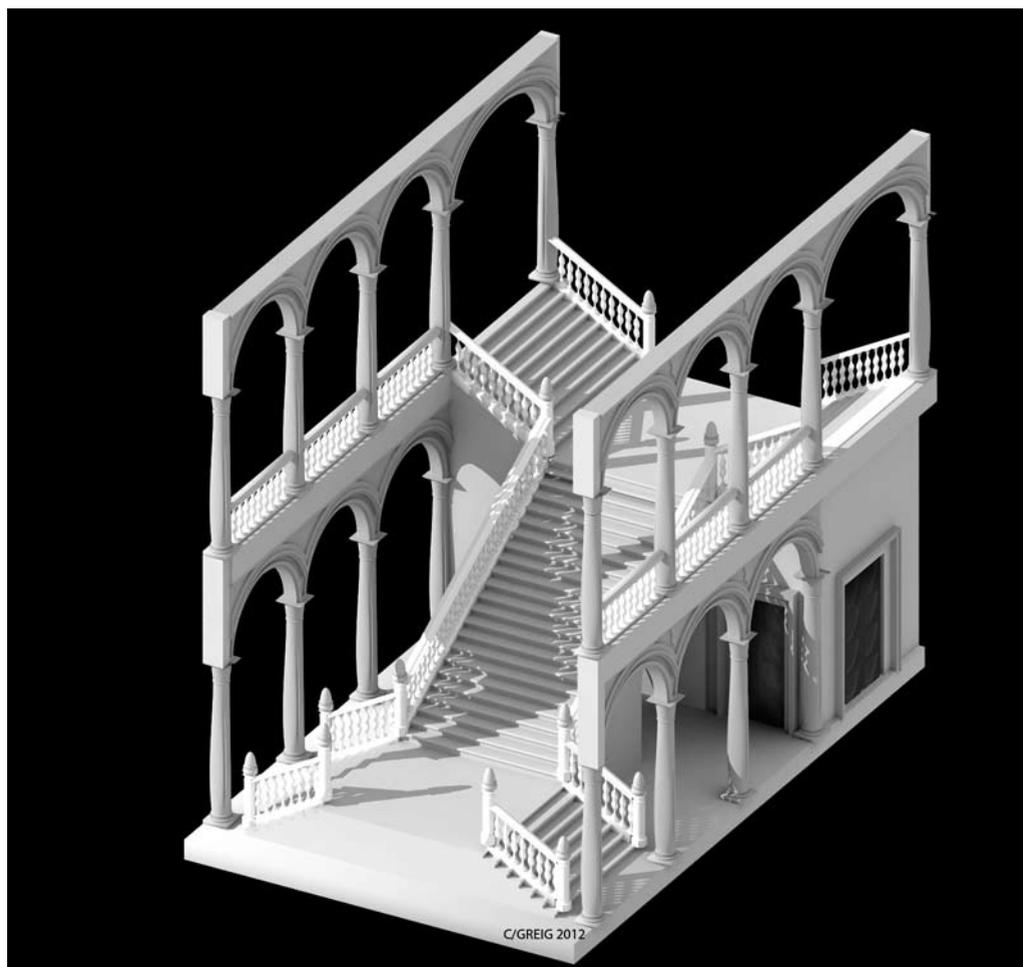


Fig. 7. Vista esquema de la escalera del Alcázar de Madrid. Carmen García Reig, 2012. Departamento Ideación Gráfica Arquitectónica, Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid

en la que "Si la comida era solemne, los reyes de armas con las cotas reales y los maceros con las mazas se colocaban en la antecámara para cumplir a su tiempo cada uno lo que el mayordomo semanero de antemano les ordenaba. Los atabales y trompetas se formaban en el corredor que había sobre la escalera principal para tocar cuando correspondía poner el cubierto, traer la vianda y mientras S. M. comía"<sup>44</sup>.

En relación a su vigencia y admiración en el tiempo, notables fueron las descripciones y alabanzas hacia su labor de fábrica durante reiterados testimonios documentales. Todavía a finales

del siglo XVII se exaltaba su belleza y dignidad, en la obra *Relation du voyage d'Espagne* de la escritora francesa Marie-Catherine d'Aulnoy en 1691, "la escalera del fondo, construida en el ámbito de ciento veinte pies cuadrados, se bifurca pasados los primeros escalones, y es una de las más bellas de Europa"<sup>45</sup>.

Desde finales del siglo XVII y hasta su fugaz desaparición en 1734, la concepción ceremoniosa en que se hallaba inmersa la escalera, se ve seriamente trastocada; debido fundamentalmente a la periódica apertura de sendos patios del alcázar al público asistente, que abarrotaba

los puestos más variopintos de “merceros, buhoneros y quincalleros”.

Este hecho, por el que un espacio en apariencia privado pasa a tener un cariz más público, se corrobora a través de la *Descripción del Alcázar* que realiza el viajero y escritor francés Alfred Jouvin de Rochefort en 1672, afirmando que “la parte baja del patio está enteramente ocupada por mercaderes, que venden allí, como en una feria, toda suerte de baratijas”<sup>46</sup>. Aspectos testimoniales como el que recoge el historiador Charles Noel dan buena fe de este cambio, por el que cualquiera que gozara de la confianza del rey o hubiera sido presentado en corte, “se le permitía subir la escalera de palacio y pasear por la residencia real como si se tratara de un lugar común de reunión o de un museo gratuito”<sup>47</sup>. En estos momentos la función ceremonial de la escalera había terminado.

Finalmente y a modo de conclusión, tras el análisis de los recorridos ceremoniales expuestos, consideramos que el substancial cambio espacial en que se ve inmersa la escalera –gracias a las aportaciones de grandes maestros como Alonso de Covarrubias– pasando tipológicamente de un modelo tradicionalmente unidireccional a otro bidimensional en el ejemplo analizado, vino acompañado de la adquisición de nuevos usos y costumbres que acabarán por instaurarse en el desarrollo de las prácticas ceremoniales de la Casa de Austria, tomando como referente espacial en el conjunto del edificio a la propia escalera monumental, acabando por convertirse en uno de los elementos trascendentales en la distribución y organización de los espacios en la arquitectura española del Renacimiento.

## NOTAS

<sup>1</sup> A. Bonet Correa, "Introducción a las escaleras imperiales españolas", *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, 24, 1975, p. 78.

<sup>2</sup> L. Bek, "The staircase and the code of conduct", en *L'escalier dans l'architecture de la Renaissance*, A. Chastel y J. Guillaume (ed.), Picard, París, 1985, pp. 117-121.

<sup>3</sup> R. Domínguez Casas, *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*, Alpuerto, Madrid, 1993, p. 206.

<sup>4</sup> G. Fernández de Oviedo, *Libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan e officios de su Casa e servicio ordinario*, Universidad de Valencia, Valencia, 2006, p. 123. En la primera parte, relata un episodio acaecido en diciembre de 1492 en el Palacio Nuevo de Barcelona, en el que el payés de Remensa Juan de Cañamares intentó atentar contra el rey Fernando el Católico "al pie de la escalera del Palacio Nuevo", impidiendo los porteros de sala acercarse al monarca.

Para el análisis de la obra, véase: F. Martínez López, *Los oficios palatinos en la Castilla de los Reyes Católicos. Análisis del libro de cámara del príncipe heredero Don Juan*, Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, 2004.

<sup>5</sup> R. Domínguez Casas, "Estilo y rituales de corte", en *Felipe I el Hermoso. La belleza y la locura*, M. A. Zalama Rodríguez y P. Vandebroek (dir.), Fundación Caja de Burgos, Fundación Carlos de Amberes, Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid, 2006, pp. 89-92.

<sup>6</sup> Para un mayor conocimiento del ceremonial durante el reinado de Carlos V, véase: J. Martínez Millán (dir.), *La Corte de Carlos V*, 5 vols., Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000.

<sup>7</sup> En relación a la implantación del ceremonial de la Casa de Borgoña durante el reinado de Felipe II, consúltese: J. Martínez Millán, "Corte y casas reales en la monarquía hispana: la im-

posición de la Casa de Borgoña", *Obra-doiro de Historia Moderna*, 20, 2011, pp. 20-22.

<sup>8</sup> J. Martínez Montero, *El protagonismo de la escalera como símbolo de distinción social e imagen del poder en la arquitectura del siglo XVI en España: su proyección en el foco artístico burgalés*, 2 vols., Tesis Doctoral inédita, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2012.

<sup>9</sup> J. M. Morán Turina, "El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XVIII, 1981, p. 253.

<sup>10</sup> Constantemente se refiere en la documentación a este tipo de escaleras secundarias, algunas de ellas obras de yesería, aludiendo a su uso exclusivo por parte del monarca y su círculo más próximo: "Llegó S. M. a San Jerónimo por las calles repetidas, y entró sin descubrirse, y subiendo al cuarto donde estaba el Príncipe por la escalera secreta..." A. Rodríguez Villa, "Etiquetas de la Casa de Austria", *Revista Europea*, 87, 1875, p. 656. "Subió el príncipe por una escalera secreta que va a dar al aposento en que el rey duerme..." *Ibid.* p. 659.

<sup>11</sup> A. Cámara Muñoz, "La dimensión social de la casa", en *La casa. Evolución del espacio doméstico en España*, Beatriz Blasco Esquivias (ed.), vol. 1, Edad Moderna, El Viso, Madrid, 2006, pp. 183-184.

<sup>12</sup> Acerca de la función del ceremonial, el historiador de la universidad de Arizona, William J. Roosen cree que la escalera en estos momentos "establece un distanciamiento social que genera y proporciona una sensación de asombro ante el espectador, haciendo de la posición del príncipe un objeto de lealtad". W. J. Roosen, "Early Modern Diplomatic Ceremonial: A Systems Approach", *Journal of Modern History*, LII, 3, 1980, p. 473.

<sup>13</sup> Como estudios indispensables para un análisis previo de la escalera del alcázar, véase: V. Gerard Powell, *De Castillo a Palacio. El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*, Xarait, Madrid, 1984, pp. 37-42; V. Gerard Powell, "L'escalier de l'Alcazar de Madrid", en *L'escalier*

*dans l'architecture de la Renaissance*, A. Chastel y J. Guillaume (ed.), Picard, París, 1985, pp. 161-164; F. Marías Franco, *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*, vol. 1, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, CSIC, Madrid, 1983, pp. 251-255; J. C. Sánchez-Robles Beltrán, "Las escaleras post-medievales: Alonso de Covarrubias y la escalera imperial", *Príncipe de Viana*, Anejo 10, 1991, p. 288; J. Gómez Martínez, "Alonso de Covarrubias, Luis de Vega y Juan Francés en el Alcázar Real de Madrid (1536-1551)", *Academia*, 74, 1992, pp. 199-232; J. M. Barbeito Díez, *El Alcázar de Madrid*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1992, pp. 3-32; A. Santos Vaquero; A. C. Santos Martín, *Alonso de Covarrubias: el hombre y el artífice*, Azacanes, Toledo, 2003, pp. 208-210; A. Ureña Uceda, *La escalera imperial como elemento de poder. Sus orígenes y desarrollo en los territorios españoles en Italia durante los siglos XVI y XVII*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2007, pp. 74-79.

<sup>14</sup> Archivo de la Real Chancillería de Valladolid. Citado en adelante como ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 8, [escribía Fernando Alonso (F), 2 de mayo de 1536], fols. 58v-61. Documento reproducido por: J. Gómez Martínez, *op. cit.* pp. 224-227.

<sup>15</sup> L. Cervera Vera, "Obras en el Alcázar madrileño de Carlos V", en *El Real Alcázar de Madrid. Dos siglos de arquitectura y coleccionismo en la corte de los Reyes de España*, catálogo de la exposición (Madrid, Museo Nacional del Prado, 1994), F. Checa Cremades (coord.), Nerea, Madrid, 1994, p. 47; R. Díez del Corral Garnica, "El Alcázar de Carlos V", *ibid.* p. 135.

<sup>16</sup> V. Gerard Powell, *op. cit.* p. 161; V. Gerard Powell, "Los sitios de devoción en el Alcázar de Madrid: capilla y oratorios", *Archivo Español de Arte*, LVI, 223, 1983, pp. 275-284.

<sup>17</sup> J. Herranz, "Dos nuevos dibujos del maestro real Gaspar de Vega: El primer plano del Alcázar de Madrid, atribuido a Alonso de Covarrubias, y el plano de la casa de servicios del Palacio de El Pardo", *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 9-10, 1997-1998, pp. 117-132.

<sup>18</sup> ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 8, fol. 58v.

<sup>19</sup> Tal y como demuestra la siguiente afirmación, el maestro Juan Francés fue el autor material de la obra, realizada siguiendo el proyecto de Covarrubias, con el que estableció un contrato de fábrica de la citada escalera:

ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 1, fol. 5. "Más ay que hize más de quinientos ducados de demasias en la escalera, más que no está en la obligación e contrabto".

<sup>20</sup> ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 8, fols. 70-72; ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 1, fols. 33-35 y 147-156v.

<sup>21</sup> J. J. Martín González, "El Alcázar de Madrid en el siglo XVI", *Archivo Español de Arte*, XXXV, 137, 1962, pp. 2-5.

<sup>22</sup> ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 8, fols. 60v-61. "Yten se han de hazer los seys paños de claroboyas o balaustres para las subidas de la dicha escalera con sus quatro pilastrones a las esquinas de quarta e media en cuadrado o redondos, como le fue pedido, labrados con sus basas y capiteles. Y el pilar balaustrado, con sus ventanas llanas y vazias. Y ençima de los capiteles, sus remates bien labrados al romano, bien fuertes que no se puedan quebrar. Y tenga cada remate de alto tres pies, Y los dichos remates y los pilares han de ser de una pieça entera y engrapados con las claroboyas y los pasamanos, con sus buenas molduras y obra conforme a los del patio, con su boçel y medias cañas por los lados".

<sup>23</sup> ARCHV, Pleitos civiles, caja 47-1, pieza 8, fol. 136v.

<sup>24</sup> Se ha de destacar que está documentada desde el inicio de la fábrica, la presencia de artistas yeseros, entalladores y azulejeros de origen flamenco y francés en el alcázar, todos ellos enviados por el monarca Carlos V para trabajar en las obras reales.

<sup>25</sup> V. Gerard Powell, *op. cit.* pp. 57-58.

<sup>26</sup> "Se sube a los apartamentos del rey y la reina por una escalera de gran amplitud cuyo revestimiento presenta una apariencia arquitectónica azul

y dorada: conduce a una galería muy vasta, donde está la guardia del rey". J. Álvarez de Colmenar, *Les délices de l'Espagne et du Portugal*, Pierre Van Der Aa, Leiden, 1707.

<sup>27</sup> V. Gerard Powell, *op. cit.* p. 162.

<sup>28</sup> R. Díez del Corral Garnica, *op. cit.* p. 137. "Desde el punto de vista ceremonial, la escalera jugaba un papel de gran importancia, ya que era lugar de paso obligado para acceder al piso principal y era el primer tramo del largo trayecto que debían realizar las visitas importantes para poder acceder al soberano. Se comprende por lo tanto el gran desarrollo con el que la dotó Covarrubias. Su función no era solamente poner en comunicación ambos patios y poder acceder a la planta superior, sino también y sobre todo iniciar el trayecto con la solemnidad necesaria para, a través de un tortuoso camino lleno de hitos, recorrer el camino que llevaría a las habitaciones del monarca. Cumplía por lo tanto una función muy destacada en todas las ceremonias palaciegas y junto con la portada se convirtió en un elemento esencial desde el punto de vista arquitectónico".

<sup>29</sup> J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, 3 vols., Aguilar, Madrid, 1959; J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta los comienzos del siglo XX*, 6 vols., Junta de Castilla y León, Valladolid, 1999.

<sup>30</sup> L. Cabrera de Córdoba, *Relaciones de las cosas sucedidas, principalmente en la Corte de España, desde el año de 1599 hasta el de 1614*, J. Martín Alegría, Madrid, 1857, pp. 482-483.

<sup>31</sup> A. Sánchez Rivero y A. Mariutti de Sánchez Rivero (ed.), *Viaje de Cosme de Medicis por España y Portugal (1668-1669)*, vol. 1, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1927, p. 207.

<sup>32</sup> F. Bertaut, *Diario del viaje de España*, Denys Thierry, París, 1669.

<sup>33</sup> A. Rodríguez Villa, *op. cit.* p. 288.

<sup>34</sup> En la descripción ya tardía de la audiencia del gran duque de Moscovia en 1687, un autor anónimo relata nuevamente este instante alusivo a la

recepción de una alta dignidad nobiliaria: "Dejemos ahora a los embajadores y acompañamiento mientras se apean de los caballos y suben la escalera de palacio y admiran su fábrica".

<sup>35</sup> A. Rodríguez Villa, *op. cit.* 80, p. 369.

<sup>36</sup> *Ibid.* p. 370.

<sup>37</sup> De hecho, la misión de todo ceremonial cortesano es precisamente ésta: la de generar una distancia, de seguridad física o de reafirmación del poder, entre los extremos de la pirámide social.

<sup>38</sup> A. Rodríguez Villa, *op. cit.* 87, pp. 657-658.

<sup>39</sup> *Ibid.* p. 661.

<sup>40</sup> P. Rodríguez de Monforte, *Descripción de las honras que se hicieron a la Chatolica Magestad de D. Phelipe Quarto... en el Real Convento de la Encarnación*, Francisco Nieto, Madrid, 1666; J. Paredes González, "Los Austrias y su devoción a la Eucaristía", en *Religiosidad y ceremonias en torno a la eucaristía: actas del Simposium del Instituto Escorialense de Investigaciones Históricas y Artísticas*, F. J. Campos y Fernández de Sevilla (ed.), vol. 2, Ediciones Escorialenses, Madrid, 2003, pp. 657-658.

<sup>41</sup> F. L. de San Nicolás, *Arte y Uso de Arquitectura*, 1ª parte, capítulo LX, D. Plácido Barco López, Madrid, 1796, p. 166.

<sup>42</sup> "Inspirado quizá por los requisitos de la etiqueta, el éxito arquitectónico de Covarrubias enriqueció la ceremonia borgoñona y consagró el papel fundamental de las escaleras en los palacios y conventos españoles". V. Gerard Powell, *op. cit.* p. 163.

<sup>43</sup> V. Gerard Powell, *op. cit.* p. 41.

<sup>44</sup> A. Rodríguez Villa, *op. cit.* 75, p. 164.

<sup>45</sup> M. C. D'Aulnoy, *Relation du voyage d'Espagne*, 3 vols., Barbin, París, 1691.

<sup>46</sup> A. Jouvin de Rochefort, *El viajero de Europa*, 8 vols., Denys Thierry, París, 1672.

<sup>47</sup> C. C. Noel, "La etiqueta borgoñona en la corte de España (1547-1800)", *Manuscrits*, 22, 2004, p. 148.